

Recensión de / Book review of: Zamorano, Pedro Emilio / Madrid, Alberto / Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (eds.): *Romera. Exilio, crítica e historia del arte en Chile*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica Chile, 2022, 301 pp., con ilus. [ISBN: 978-956-289-258-2].

Adrián Rioja Herrero<sup>1</sup>  
Instituto de Historia, CSIC

De la multitud de intelectuales y artistas españoles que Chile acogió en el contexto del exilio republicano de 1939, la figura de Antonio Romera brilló con luz propia. Historiador del arte, crítico teatral y cinematográfico, profesor y caricaturista, su trayectoria profesional abarcó alrededor de medio siglo, con especial intensidad en los años de su exilio en Chile, desde su llegada a finales de 1939 hasta su muerte en 1975. Su amplio legado —reivindicado en los últimos años, entre otros, por los editores de este libro— es refrendado ahora en un volumen que, empleando la expresión escogida por Romera en su célebre *Asedio a la pintura chilena* (Nascimento, 1969), “asedia” a este prolífico autor desde los distintos ámbitos en que destacó.

El caso de Romera se inscribe en la vasta nómina de refugiados españoles en el país del Cono Sur, que superó las 3.200 personas. La expedición del *Winnipeg*, el barco fletado por impulso del presidente Aguirre Cerda y bajo la supervisión de Pablo Neruda, inició un traslado masivo que incluyó, desde el punto de vista artístico, a tipógrafos, diseñadores, pintores, fotógrafos, dramaturgos y otros intelectuales. Como explica Miguel Cabañas en el primer capítulo del libro, a su llegada los exiliados se instalaron en diferentes círculos y espacios de socialización que ayudaron a promover su actividad creativa y laboral, al tiempo que reafirmaban los lazos de sus identidades republicanas. Estas plataformas —editoriales, publicaciones, cafés, empresas o centros regionales— crearon un tejido que les conectó con el resto del sector cultural chileno y con otros ámbitos en Latinoamérica.

Precisamente, en las redes de la diáspora incide María Luisa Bellido, que considera la figura de Romera como «puente» entre los intelectuales en España y «el ámbito chileno a través de libros, publicaciones o notas de prensa». En este texto, Bellido aborda la relación que el crítico mantuvo con los exiliados españoles en Argentina, como Joan Merli o José Venegas, así como con algunas de las figuras destacadas de la historiografía artística bajo el franquismo, como Lafuente Ferrari o Gaya Nuño. A partir del estudio de su correspondencia es posible constatar cómo estas vinculaciones afectivas permitieron el intercambio de publicaciones y la difusión del arte contemporáneo latinoamericano en los medios europeos. Siguiendo esta línea, Rodrigo Gutiérrez Viñuales describe el complejo panorama de los lazos que unieron a Romera con otros escenarios artísticos en el continente americano. Desde su colaboración en los anuarios de la editorial argentina Plástica hasta su asistencia al Congreso de la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA) en Brasil en 1959, la figura del crítico español adquirió relevancia internacional, hasta el punto de participar, como jurado y comisario, en varias bienales y certámenes artísticos en la década de 1960.

A continuación, el libro se adentra en el estudio de Antonio Romera desde tres de sus actividades profesionales: historiador del arte, crítico teatral y caricaturista. Como autor de su *Historia de la pintura chilena* (Pacífico, 1951), Romera es uno de los padres fundadores de la disciplina en el país del Cono Sur. A través de las cuatro ediciones de este volumen, desde que vio la luz en los años cincuenta hasta su última versión en 1976, Alberto Madrid realiza un ejercicio de transtextualidad que interpreta el manual romeriano como un palimpsesto. Las sucesivas revisiones del texto, con diferentes incorporaciones y exclusiones del canon, reflejan el devenir de las artes visuales chilenas en las décadas centrales del siglo pasado y muestran el esfuerzo del historiador por ajustar su modelo interpretativo a la realidad cambiante. Y, si esta obra le consolidó como una pieza fundamental en el engranaje de la escena artística, también sus críticas teatrales confirmaron su posición en el panorama dramático chileno. Bajo diferentes firmas —“Critilo”, “Federico Disraeli”, “A.R.R.”— y en periódicos de gran tirada —desde *La Nación* hasta *El Mercurio*—, Romera contribuyó con sus análisis a la promoción del teatro universitario. Teniendo en cuenta las características de los medios desde los que escribe, así como aquello que el crítico incluye u omite en sus reflexiones, Verónica Sentis analiza con agudeza este canon dramático, que se convierte en representante del gusto estético de las clases

<sup>1</sup> [adrian.rioja@cchs.csic.es](mailto:adrian.rioja@cchs.csic.es) / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-3148-2140>

medias metropolitanas y que, en sus tensiones internas, es prueba de «la constitución híbrida y fronteriza de lo latinoamericano». Por último, Pedro Emilio Zamorano profundiza en la vertiente gráfica de Romera, con una producción de más de 15.000 caricaturas. Además de aquellas publicadas en prensa, vinculadas a la actualidad política y cultural de Chile, el autor de este capítulo llama la atención sobre los dibujos presentes en sus manuscritos y cuadernos, en los que su humor se torna mucho más afilado. Esta producción, como defiende Zamorano, constituye un «correlato gráfico» de su escritura crítica, por lo que se hace necesario un estudio pormenorizado de las interrelaciones entre las dos facetas del crítico republicano.

Además de los textos que abordan la actividad de Romera y sus redes intelectuales, el volumen incluye otras intervenciones, de carácter más breve, que sirven de matización y contrapunto a los capítulos largos. Encontramos, por ejemplo, páginas que recogen la memoria de familiares y allegados y que nos devuelven a la afectividad de una historia personal que sigue viva. También se incide en la huella del origen español en sus reflexiones críticas, aunque esto supuso la traslación de un «modelo estilístico, formal y genealógico eurocéntrico» basado en la dinámica centro-periferia, como bien señala José de Nordenflycht. Este canon, presente por antonomasia en su manual histórico sobre la pintura chilena, puede analizarse también desde la selección de reproducciones artísticas en sus libros —el «catálogo romeriano» del que habla Pedro Maino— o en la nómina de películas criticadas en sus cuadernos de apuntes.

Uno de los grandes aciertos de este volumen, además de la aportación a los estudios sobre el exilio republicano español en Chile, es la puesta en valor del archivo de Antonio Romera, conservado en el Centro de Documentación Patrimonial de la Universidad de Talca. No solo se reproducen en las páginas fotografías, dibujos y otro material gráfico, sino que muchos de los textos son resultado de investigaciones realizadas en dichos fondos. El libro editado por Pedro Emilio Zamorano, Alberto Madrid y Rodrigo Gutiérrez Viñuales nos presenta una línea de estudio no agotada y que requiere de una mayor profundización, especialmente en lo referente al material de archivo inédito. Algunas preguntas sobrevuelan sin respuesta en los textos, como los condicionantes estético-políticos que conllevó su ejercicio como crítico para *El Mercurio*, habida cuenta del apoyo de este diario al golpe de Estado de Pinochet en 1973. Con todo, esta publicación representa un gran avance en el conocimiento de Romera, sus redes y las múltiples actividades profesionales que llevó a cabo durante su exilio.